de estudios, que había venido aquel año, Domingo Carbone, cuyo recuerdo ha persistido en mi memoria, como uno de los más luminosos y queridos de la adolescencia. ¡Cuánto bien, aun fuera de la enseñanza directa, puede hacer á los estudiantes un hombre de inteligencia superior y de elevado carácter! La venida de aquel inspector, coronado por la doble corona de poeta y de soldado voluntario de 1848, y precedido de la fama de hombre íntegro y bueno, todavía joven, de hermosa figura, amable y severo al mismo tiempo y lleno de nobleza en sus palabras y en sus actos, había traído como una ráfaga de aire puro y vivificante para todas las escuelas. En cualquiera de éstas en donde él entrase y hablara, dejaba un ardor de buena voluntad y de noble ambición, y casi un perfume de delicadeza que penetraba en los corazones. Hizo verdaderos milagros: convirtió á gente díscola que nadie había podido domar; despertó voluntades que parecían dormidas para siempre. Todos los infelices humillados, que los hay siempre entre los estudiantes, todas las víctimas escarnecidas por la prepotencia de los compañeros y por la antipatía de los maestros, aun antes de

haber experimentado su bondad, sentíanse protegidos con su presencia, y prevenían, con solo citar su nombre, muchas injusticias y muchas bribonadas. Todos le querían y le reverenciaban. Nos amontonábamos en los descansillos de la escalera para verle pasar; por la calle, corríamos de propósito y dábamos mil rodeos para pasar por delante de él y saludarle; y cuando en la Catedral, en los *Te Deum*, se presentaba él el primero en el banco de los profesores, y miraba sobre la masa apretada de estudiantes con sus grandes ojos austeros y leales, con aquella sonrisa que parecía decir: — Ésos son mis hijos, — le respondía nuestro corazón con una emoción de simpatía y de orgullo. ¡Si se pudieran fabricar hombres semejantes en lugar de remanejar programas y reglamentos!...

*
* *

Voy á contar un suceso que se refiere á él, no tanto por hacerle honor, cuanto por provocar la risa á costa mía; que ahora ya siento placer, como los disciplinantes de un tiempo, en que me pinchen la piel.

Hacía años que teníamos un vice-ins-

pector, cura, penetrado más del fuego del buen vino *Morbín* que de ardor católico, que llevaba la sotana como una camisa de fuerza, nada malo en el fondo, pero sí bastante picajoso y dominado por la manía de hacerse el terrible; lo cual lo conseguía más que nada con ciertas amenazas llenas de misterio y ciertos extravismos de ojos, como de un «Luis onceno» de teatro.

Contra él había escrito una poesía satírica, que corría por las clases, un alumno de filosofía á quien yo trataba, porque nuestras familias estaban en relación amistosa. Deseoso de leer la sátira, el reverendo trató de asustarme para arrancármela; y mandándome llamar á la Inspección, á una hora en que no había nadie, me ordenó con palabras solemnes que le entregara el cuerpo del delito, bajo pena de dejarme mal en los exámenes de fin de curso si no se lo entregaba, y fijándome de antemano el día y la hora en que había de verificarse la entrega en el mismo despacho.

Salí de la entrevista tembloroso, abrumado, tanto por la amenaza de la venganza cuanto por la idea de la innoble acción que me sentí inclinado á cometer, pasando todo el día en un estado de angustiosa

incertidumbre. Pero al siguiente se me ocurrió una idea salvadora: — ¡Domingo Carbone!—Estaba segurísimo de que desaprobaría el acto del cura y de que no condenaría mi desobediencia: tenía necesidad de dar importancia al asunto, recurriendo á él formalmente.

Sabiendo que á la hora fijada para la respuesta estaba siempre el Inspector en su despacho, con el cura y con el secretario, pensé que si llegaba á exponer mi repulsa con frase oratoria, dicha con vigoroso acento, de modo que el Inspector llegara á oirme y se viera obligado á preguntar de qué se trataba, quedaría por mi parte en salvo, y el amigo también á salvo. ¡Eureka!—grité en mi interior.—En verdad, que para un muchacho de trece años no estaba mal la estratagema. Desde aquel momento, no sólo me sentí salvo, sino que confundiendo los papeles en mi conciencia, como hacen con frecuencia los hombres en tales casos, me pareció que era yo un alma espartana, y preparé en la mente una respuesta heroica, un «pistoletazo» de primer actor, que iluminara con gloriosa luz la nobleza de mi carácter.

Á la hora fijada entré en la secretaría,

taconeando fuertemente como para hacer sonar las espuelas. Estaban sentados á una gran mesa, de un lado, Carbone y el Secretario, que hablaban entre sí; en la parte opuesta, el espanta-chiquillos, que en aquel momento me dió lástima. Me hizo éste señas para que me acercase, y me preguntó en voz baja «si la había llevado».

Me planté en actitud resuelta, y alzando la cabeza y dirigiendo la mirada hacia donde estaba el Inspector, contesté con voz grave:—No la he traído; he pensado que hubiera cometido una acción...

—¡Basta, basta!—dijo el cura, indicándome con la mano que callara.

Y yo, levantando más la voz:—He pensado que habría cometido una acción... una acción...

—Pero hombre, basta, vuelvo á decir; no hay más que hablar...

Pero yo había tomado ya impulso, y, viendo que el Inspector se había vuelto, quería dar el golpe de todos modos. Y seguí: — Hubiera cometido una acción indigna... habría hecho traición á un amigo...

—¡Pero váyase, le digo!—me gritó el cura airado y con el rostro encendido.—Si

ya le he dicho que no hay más que hablar, acabe de irse de una vez...

Entonces eché á andar, pero lentamente y con paso majestuoso, como debió salir Pedro Capponi de la presencia de Carlos octavo, volviéndome todavía desde la puerta á mirar al vencido, que me lanzó una mirada de fuego.

No volví á saber si el Inspector pidió y obtuvo explicación del asunto; pero no cabe duda que el otro había comprendido mi política. El hecho es que no tuve ya más molestias por aquel motivo, y que en los exámenes, bien que á trompicones, como de costumbre, aprobé el curso. Y hé aquí cómo, entre tantas otras buenas acciones, el autor del *Rey Tentenna,* sin saberlo, hizo también ésta de no dejarme cometer una bribonada.

*
* *

¡Oh, de alba fe, caballero!
Como blanca es la cruz tuya,
de los héroes heredero,
y del caído el primero
por simpre en defensa suya...

Recuerdo estos versos de una bella poesía á Víctor Manuel que publicó Carbone en aquel año y que todos los estudiantes

aprendimos de memoria. La guerra sirvió en aquella pequeña ciudad sub-alpina para que brotara un torrente de lírica patriótica. Profesores, empleados del gobierno, abogados, oficiales de cazadores, todos fabricaban rimas guerreras. No se reunían veinte ciudadanos á comer un arroz á la milanesa sin que alguno atronase con larga retahíla de estrofas insulsas, que, corriendo de mano en mano, manuscritas ó impresas, iban luego á inflamar en muchos el odio contra el Austria... en algunos, el odio contra las musas. Mas, después de Carbone, sólo uno de aquel avispero de poetas se me ha quedado presente en la memoria. Permitidme que os lo presente, os lo ruego, porque su recuerdo, que es un consuelo de mi vida, podrá llevar alguna dulzura también á la vuestra.

Era el profesor de filosofía, uno de los hombres originales y más amenos que han regocijado las aulas del Reino; de cincuenta años de edad y con larga melena, llevaba siempre encasquetada en la cabeza una chisteruca arrugada, que parecía estar clavada en su cráneo; é iba vestido todo el año con una especie de gabán que le daba hasta las rodillas y con la urdimbre al descubierto: un hombre que había llegado á ser famoso en la ciudad nada más que por el gesto sumamente cómico que le era habitual, de levantar un brazo con el puño cerrado, y darse grandes golpes en el codo con la otra mano, como... si quisiera azotar la propia imagen; curioso profesor y educador, que con toda seriedad preguntaba á los alumnos más formales sus opiniones íntimas sobre el modo como debía conducirse con una viuda á quien cortejaba, y con quien no se decidía á casarse, porque tenía las horas de comer que no concordaban con las suyas; el más clamoroso de los filósofos, como le llamaban sus colegas, porque gritaba la filosofía con tal fuerza de pulmones que llegaba á cubrir con su voz la de todos los profesores de las aulas inmediatas. Pero todas estas rarezas no son nada frente á la originalidad, imposible de imaginar, de sus versos, que todos sus discípulos recitaban riéndose hasta desternillarse de risa. ¡Qué lástima no tener una copia! No las he olvidado todas, sin embargo, gracias al cielo. Recuerdo una estrofa de un himno al general Petitti, que decía:

Natura te dió nombre
pequeño, pero grande
el tuyo, ya se esparce
en l'aula electoral!

dos versos en alabanza de Garibaldi,

Tu venida á aquesta orilla
blanca en piedra fué signada,...

y pocos versos de otra poesía en honor de la ciudad de Bene, la cual se extiende, por lo que él decía, sobre siete colinas; dándole esta circunstancia pretexto al poeta para dirigirle este atrevido cumplimiento: que Roma había sido elegida en lugar de ella capital de Italia por una equivocación de Cavour.

Cómo pudiera enseñar la filosofía un profesor que trataba la poesía de este modo, por más que no sean hermanas gemelas, no se comprende y, sin embargo, decía que no había gran mal en ello.

Misterios de la mente humana. ¡Pobre poeta de las siete colinas de Bene!

Tuve de él las últimas noticias hace muchos años en Turín, donde me dijeron que, habiendo recurrido para no sé qué asunto á ciertos bribones espiritistas, éstos, para

quitarle los cuartos, le habían hecho aguantar una paliza del espíritu que había evocado, y no con un bastón espiritual, sino con una verdadera y nudosa vara de fresno, que le había obligado á guardar cama una semana.

¡*Petitti* guai de la filosofía espiritista!